

Interacciones humanas más allá de las palabras

XUNO LÓPEZ

El dominio de un lenguaje

El lenguaje es una forma de comunicación entre los seres humanos; con él transmitimos lo que pensamos y sentimos, y también socializamos valores y prácticas. No sólo es parte de la cultura, sino que permite que ésta se reproduzca. Con el conocimiento generado a partir de las interacciones que facilita el lenguaje, conformamos saberes que nos ayudan a estructurar identidades en lo colectivo y en lo individual.

Una de las características humanas más sobresalientes es la capacidad de abstracción, de desarrollar un pensamiento con proyección a futuro; podemos recrearnos en lo imaginario a través de signos y símbolos, estableciendo códigos, todo lo cual se constituye en productos culturales. Con el lenguaje ponemos en marcha estos productos culturales porque nos hemos apropiado de ellos, de acuerdo con nuestras necesidades, intereses, gustos, emociones, saberes y roles. Esto es posible porque dominamos la estructura de nuestra lengua, es decir, los códigos y la produc-

ción de sentidos, lo que implica saber reconocer e interpretar la realidad y lo que se dice o se expresa en mi sociedad.

Cuando decimos que alguien habla otro idioma, no sólo nos referimos a que usa tales y cuales expresiones, sino al dominio del sistema de relaciones que le permiten compartir con otros hablantes un inventario de sonidos, palabras, expresiones y posibilidades combinatorias para producir los significados.

Así, el manejo de la lengua está dado por relaciones y comprensiones entre quienes nos comunicamos. La comunicación, además de ser un comportamiento que da por resultado la transferencia de información entre organismos, es de naturaleza fundamentalmente simbólica.

Para que la comunicación sea efectiva hace falta que alguien emita toda una gama de vocablos (que hable), que haya otro que escuche, que exista un signo, un objeto y ciertas funciones entre el que expresa, el que escucha y los

referentes (contexto). Comunicarse es un proceso global, pero se ha valorado excesivamente la palabra, lo racional, dejando fuera otros aspectos del comportamiento y expresión humana. La comunicación es un proceso circular (todo acto de comunicación es un sistema de dos, tres o más personas) y es interactuante, en el sentido de que todo lo que hacemos o dejamos de hacer comunica porque una persona incide en otra y viceversa, aunque muchas veces la respuesta sea el silencio.

Desde hace mucho tiempo los antropólogos comprendieron que buena parte de la comunicación se lleva a cabo usando mecanismos de conducta no verbales, que van desde los gestos y el "lenguaje corporal" hasta el uso del espacio interpersonal y el empleo de signos y símbolos.

Comportamiento no verbal

La conducta no verbal tiene muchas relaciones funcionales con el comportamiento verbal. Puede repetir, aumentar, ilustrar, acentuar o contradecir las pala-



bras; puede anticiparse al comportamiento verbal, coincidir con él, sustituirlo o seguirlo; es más, hasta puede no estar relacionado con él. Todas estas situaciones se logran gracias a que nuestra especie ha aprendido a interpretar el signo no verbal, siempre y cuando el contexto de comunicación –la cultura– lo permita.

El ser humano es capaz de reunir en un gesto, en un símbolo, mil mensajes, cientos de significados. ¡Pero cuidado! El gesto en sí mismo, la señal de las manos, por ejemplo, apenas sería comprensible si estuviera aislado del conjunto de gestos y señales del cuerpo. Lo mismo ocurre al querer entender una palabra por sí sola sin escuchar toda la frase o cuando reímos en un contexto que no admite una carcajada.

Por ello es necesario “leer” la postura global de la persona y toda su forma de interactuar: miradas, expresiones faciales, contacto corporal, ubicación, colores usados y formas de vestir, objetos maneados, entre muchos otros factores. El humanista español José Parejo identifica las principales expresiones que se pueden observar cuando las personas interactúan, entre las que podemos citar: ¿los gestos faciales son forzados o naturales?, ¿qué movimientos hacen los brazos o piernas?, ¿las personas están cerca o lejos?, ¿tienen algo en las manos?, ¿dónde conversan?, ¿una persona habla y la otra escucha?, ¿se “pisan” las palabras al hablar?

Con tal diversidad de expresiones podemos descubrir una infinidad de mensajes, cuyo registro y análisis son útiles en los ámbitos de la educación, la psicología, la sociología, en el ambiente laboral, familiar o de pareja y en cualquier situación donde se dé la comunicación humana. Hay que tener en cuenta que cualquier mensaje es parte de un conjunto de aspectos, por lo que debe traducirse dentro de un contexto amplio que implica no sólo el entorno inmediato sino incluso cuestiones culturales complejas.

Los lenguajes del ritual

Un ejemplo que muestra la estrecha

implicación de los simbolismos verbales y los no verbales como parte de un “engranaje cultural” son ciertos rituales curativos, entendidos como una serie de acciones de alto valor simbólico que se realizan en un contexto religioso, o bien, como parte de las tradiciones de una comunidad.

En muchos de nuestros pueblos, en comunidades rurales, urbanas o de conformación indígena, la pérdida de la “esencia” que podríamos llamar alma (*tona* o *ch’ulel* entre mayas chiapanecos, o *pixan* entre mayas peninsulares) puede convertirse en una causa de muerte. La pérdida puede darse por una variedad de circunstancias que van desde caídas, golpes y accidentes, hasta la transgresión y conflictos sociales al interior de los grupos. Entonces, alguna entidad anímica o ser sobrenatural aprovecha la coyuntura para tomar esa esencia (el alma).


La atención del problema requiere un ritual curativo que sólo puede ser aplicado por un especialista: el curandero. El ritual debe reintegrar al paciente a su vida, a su cotidianidad, a una “visión de mundo colectivamente aceptada”, y protegerlo de la situación incierta, desequilibrada, insegura y riesgosa a la que ha ingresado al perder una esencia vital.

En otras palabras, el curandero devuelve al paciente a su colectividad mediante el ritual. Su finalidad es suprimir el dolor, el sufrimiento físico, el desprendimiento y la ruptura de la imagen corporal (aquella que quizá inconscientemente, el sujeto percibía de manera integrada, en equilibrio, como un universo coherente y familiar, sin alteraciones antes del suceso que lo trastornó).

El conocimiento que el curandero tenga de los valores y símbolos de la cultura del paciente, permiten que sea eficaz en su tratamiento (partimos de que ambos pertenecen a la misma colectividad y por tanto, comparten un entorno en sentido amplio). Busca conseguir su objetivo a través de la palabra, usando conceptos propios de su cultura con rezos, peticiones, súplicas, los cuales intercala con expresiones corporales (escupe,

grita, sopla, aprieta, jala, soba o chupa). Utiliza objetos, como huevos, platillos, listones o flores, entre muchos otros con características y cualidades particulares: color, olor, forma, textura o sabor. En el acto curativo también incluye animales e intercambia cada uno de estos elementos con el ente sobrenatural que robó el alma de su paciente.

Con el ritual, la persona afectada normalmente encuentra la explicación y el alivio a sus males, y da cauce a sus dolores, desconciertos e incertidumbres. Vuelve adueñarse de su ser y existencia, y el curandero, simbólicamente (a través de un intercambio verbal y no verbal), desbloquea una situación que parecía inamovible. La palabra, el rito, la oración, los objetos incorporados, la expresión corporal y el manejo de conceptos y códigos colectivos, forman parte de ese entramado de expresiones y control de símbolos que restituyen al paciente a su grupo de pertenencia, a su cotidianidad.

El uso de una comunicación verbal y no verbal en este ejemplo resulta ilustrativa. Su control y buen manejo genera una respuesta positiva, pues una persona puede pasar de una condición de riesgo de muerte a una de integración y recuperación personal y colectiva de salud. La comprensión de toda la gama de expresiones culturales resulta indispensable, pues no sólo las palabras generan respuestas. 

Laura Huicochea es investigadora del Área de Sociedad, Cultura y Salud, ECOSUR Campeche (lhuicochea@ecosur.mx).